

LOS “SUEÑOS DE UN VIEJO TEÓLOGO” COMO APORTES ESENCIALES PARA AVANZAR HACIA UNA PRIMAVERA ECLESIAL DESDE EL SÍNODO AMAZÓNICO

Mauricio
López Oropeza¹

Resumen

El P. Víctor Codina tuvo un profundo impacto en el autor de este artículo durante su búsqueda juvenil de pertenencia a la Iglesia. Reconoce a Codina como maestro y sabio, destacando la prioridad del Reino sobre la Iglesia. Su compromiso con los pobres y su amor por Jesús lo convirtieron en un referente en eclesiología para América Latina. En el Sínodo especial de la Amazonía, la eclesiología del P. Codina fue fundamental para integrar la categoría de “Iglesia pueblo de Dios” con la sinodalidad e interculturalidad, buscando una reforma eclesial desde las periferias. Su capacidad de escucha y reflexión lo convirtieron en un servidor eficaz

¹ Vicepresidente de CEAMA y director-fundador del Programa Universitario Amazónico – PUAM.

en este proceso sinodal. Su teología basada en la experiencia dejó una huella profunda y continuará inspirando el sueño de una Iglesia genuinamente centrada en Cristo y el Reino. A pesar de que ya no está físicamente presente, su legado perdura.

Palabras clave: Pertenencia eclesial, eclesiología para América Latina, Sínodo de la Amazonía, Iglesia pueblo de Dios, interculturalidad, periferias.

Uno de los textos que más me interpelaron en mi búsqueda juvenil, por un sentido de pertenencia a la Iglesia, en un momento de profunda crisis interior y de desencanto y ruptura con la expresión jerárquica e institucional eclesial, fue ese desafiante texto del P. Codina: “*Sentirse Iglesia en el invierno eclesial*”. La transparencia con la que este pequeño libro asumía la “verdad” de lo que estábamos viviendo como Iglesia, la fuerza y profundidad de sus argumentos para decirnos que esto no podía seguir así por el distanciamiento del proyecto de Jesús, y sobre todo la opción profunda y valiente de cuestionar a la Iglesia, pero asumiendo el ser parte de ella y de amarla por ser expresión de Cristo, a pesar de todo, me marcaron para siempre. Este libro de Víctor Codina me ayudó a transitar mi propia crisis existencial y de pertenencia a la Iglesia, y me permitió afirmar con franqueza las claves esenciales que hoy siguen sosteniendo mi vida,

mi opción dentro del entramado eclesial, y sobre todo el reconocer cómo Cristo va haciendo proyecto a través de su Iglesia, con nosotros y a pesar de nosotros, abrazando nuestro barro.

Las claves del querido Víctor nos siguen develando verdades mayores a nuestra mirada limitada: Dios es mayor que la Iglesia; El Reino tiene prioridad sobre la Iglesia; la Iglesia es pecadora; la Iglesia está bajo la fuerza del Espíritu; la Iglesia no es la jerarquía; y la Iglesia genuina es la del Jesús pobre de Nazaret. Lo que nuestro querido P. Codina nos ofrece en ese libro, que considero una de sus más importantes obras, es una clave de análisis para encontrar sentido, desde una eclesiología que nace de la realidad y de entre los pobres que tanto amó, para descubrir un modo de estar en la Iglesia desde la gratuidad y el amor, desde la fidelidad crítica y desde la esperanza a contracorriente que pide de nosotros un compromiso honesto, cotidiano y desde la militancia como miembros de esta expresión claroscuro del proyecto de Jesús.

Muchos años después, en un curso de mi Comunidad de Vida Cristiana – CVX, México, tuve el enorme privilegio de tener a Víctor como profesor, ahí se convirtió en un maestro para mí, y lo que más recuerdo de él era su presencia serena, su sonrisa amplia que iluminaba esos ojos despiertos y la pasión con la que transmitía lo que

para él era mucho más que conocimiento eclesiológico de la más alta calidad. Lo que él hacía era donar su vida, transmitir su propio amor sin límites por Cristo, y su ser de edificador eficaz de un camino de conversión y de reforma eclesial con el propio testimonio de vida y su capacidad de compartir su conocimiento teológico como uno de los grandes referentes para toda América Latina en materia de eclesiología.

Años después, cuando los caminos de la reflexión sobre los nuevos caminos para la Iglesia en la Amazonía se iban tejiendo de la mano de lo que el papa Francisco nos pedía para que la periferia iluminara al centro en un Sínodo especial, era casi natural que nos volviéramos a encontrar con el P. Codina. Su experiencia de compromiso con Amerindia y con la CLAR abrió caminos para establecer un acercamiento profundo que se tornó para mí en un sentirnos hermanos en el Señor, hijos de la Espiritualidad Ignaciana. Mi experiencia con él, durante esos años, fue la de una profunda admiración, porque estar en su presencia era estar, sin dudar ni poder dudar, ante la presencia de un sabio. Un sabio enamorado de Jesús que buscaba forjar esos nuevos caminos para la Iglesia desde su propia praxis, siempre desde la cercanía a los más pobres de Bolivia y de América Latina, y poniendo su capacidad de escritura sapiencial al servicio de muchos buscadores de Jesús que también vivían crisis de

pertenencia en esta Iglesia, santa y pecadora.

Cuando tuve el privilegio de acompañar la preparación del Sínodo Especial sobre la región Amazónica, la presencia de Víctor se tornó en imprescindible. Es decir, su eclesiología fue el puente más sólido y significativo para integrar la categoría Iglesia pueblo de Dios con la Sinodalidad, y, asimismo, para acercar la interculturalidad de mundos distintos en diálogo de iguales con la necesidad de una reforma eclesial que llegara desde las periferias.

Recuerdo cuando lo llamé para pedirle que aceptara venir a Roma durante todo el mes de octubre de 2019 para participar en la fase Asamblearia del Sínodo sobre la Amazonía, luego de haber hecho diversos aportes al proceso en los procesos preparatorios, y cómo su primera respuesta fue un “no” claro y cariñoso. Expresaba que, por su edad, ya no debía estar en esos espacios y que era necesario que otros teólogos más jóvenes estuvieran ahí. Pero, justamente por esa sabiduría única, y por haber transitado en profunda fidelidad a la Iglesia en sus tiempos claros y oscuros, era claro que su presencia se tornaba en imprescindible. Luego de insistir, aceptó con mucho cariño, pero reiterando que quizás no le correspondía a él estar en ese lugar. Recibió esto como un regalo, que en sus palabras era “un inmerecido presente del Señor para

un viejo teólogo que había dado su vida por amor a Jesús”. Estos gestos dan cuenta de un hombre transparente y de una profundidad libertad interior.

Ya en el proceso de la Asamblea Sinodal sus contribuciones fueron diversas y de gran relevancia. Integró el grupo de los expertos que ayudaron a la construcción del Documento Final del Sínodo que luego sería aprobado por los padres sinodales, y eventualmente, asumido por el papa Francisco como parte de su magisterio Pontificio. Los aportes de Víctor fueron sobre todo en la construcción del corpus teológico de la eclesiología del pueblo de Dios. A partir de la escucha al territorio, en el marco de las discusiones dentro del aula Sinodal, pero sobre todo en los círculos menores (grupos más pequeños de reflexión), la claridad del P. Codina permitía hacer un contraste de las reflexiones y aportes testimoniales con la riqueza teológica histórica y sistemática de la eclesiología del pueblo. Permanentemente hacía una referencia sapiencial y discernida sobre los elementos esenciales que sustentaban toda esta experiencia sinodal desde la constitución dogmática sobre la Iglesia provenientes del Concilio Vaticano II.

Sus aportes, sustentados en la experiencia de un viejo teólogo (como él se llamaba a sí mismo), permitían la inserción de las voces particulares de los representantes del pueblo de Dios y de los pueblos

amazónicos, mediante el delicado proceso artesanal con el que él tejía esas palabras en comunión con la riqueza teológica que llevaba consigo y en su caja de herramientas. Víctor actuó como verdadero constructor de puentes, pues su compromiso con la teología justamente se sustentó en el amor por los pueblos, y ello se tornó en imprescindible en esta experiencia sinodal. Puedo decir que esta capacidad no era algo que sobrara en la experiencia del Sínodo Amazónico. Lamentablemente, había presencias que venían con una postura teológica o pastoral ya preestablecida, sin capacidad alguna para la escucha o el diálogo, y que tomaron el foro sinodal como espacio para imponer sus posturas particulares haciendo un gran daño al discernimiento requerido en este espacio. Víctor Codina, siendo el teólogo consumado que era, fue ejemplo de capacidad de escucha atenta y se convirtió en uno de los servidores más eficaces para este proceso sinodal en lo que correspondía a escuchar lo que el pueblo decía y en preparar el constructo teológico, de la manera más excelsa posible, para que ese “*sensus fidei*” del pueblo de Dios se tornara en expresión protagónica del Espíritu Santo en este proceso.

Dado que tuve el regalo de estar en el mismo “círculo menor” con Víctor durante todo el Sínodo, y al estar hospedados en la misma casa de la comunidad jesuita Pedro Canisio, toda la experiencia sinodal fue una escuela de eclesiología

práctica para mí, y para muchos que compartimos con el querido Codina. Los Secretarios Especiales del Sínodo resaltaron la sensibilidad de Víctor, su gran capacidad de reflexión y construcción de argumentación teológica, pero, sobre todo, su honradez incomparable por el modo en que cuidaba como lo más sagrado, el proceso tejido entre la palabra de Dios y la voz del pueblo.

Por último, algo que era evidente, era su presencia servicial, que no tenía el más mínimo interés de protagonismo. Solo un hombre sabio y santo sabe quitarse por completo de en medio, para que sea el Espíritu Santo el único y verdadero protagonista. El P. Codina era una presencia vital, esencial en el proceso, y al mismo tiempo era invisible para todos quienes no estaban en el taller de escritura del Documento Final del Sínodo o en su círculo menor. Su presencia se afirmaba a través de sus textos y argumentos, y en ellos lo que se revelaba era la fuerza de la palabra viva del pueblo con la mejor teología disponible para un Sínodo que quería ser coherente con un camino inédito de escucha, con la responsabilidad de crear nuevos caminos para la Iglesia.

Después del Sínodo mantuvimos una cercana amistad, durante y después de todo el duro camino en medio de la pandemia, en la que su presencia se tornó en el acompañamiento de un sabio amigo, o

más bien de un amigo sabio, quien con su palabra y con sus escritos se dedicó a servir el proceso de continuidad del Sínodo y a seguir impulsando los nuevos caminos para la Iglesia.

Sus textos sobre la experiencia sinodal Amazónica, y la manera como comprendió la conexión del mismo con la Red Eclesial Panamazónica, con la creación de la Conferencia Eclesial de la Amazonía, con la 1er. Asamblea Eclesial de América Latina y el Caribe, y con el actual Sínodo sobre la Sinodalidad, nos permitieron contar con un testigo privilegiado que fue tejiendo las claves eclesiológicas a partir de la experiencia, y no viceversa, como muchos teólogos siguen haciendo al día de hoy, poniendo la experiencia en los cajo-

nes de sus constructos teológicos ya elaborados.

Dios ha caminado con nosotros de manera evidente a través de la persona de Víctor. La Ruah nos ha indicado los caminos a seguir como Iglesia a través de la teología del P. Codina. Jesús, hermano y amigo, ha estado entre nosotros a través de la calidad humana de un compañero que seguirá siendo un ser de luz entre nosotros, como lo ha sido el querido Víctor. Damos gracias a Dios por él y asumimos el compromiso sincero de seguir impulsando ese sueño de otra Iglesia posible, genuinamente Cristo-céntrica y Reino-céntrica, como lo soñó ese "viejo teólogo" y amigo en el Señor, nuestro querido Codina que sigue vivo, a pesar de que ya no está físicamente con nosotros.